

estudios

Sobre dirección espiritual en los colegios católicos

He tenido la oportunidad y la suerte de leer una tesis del padre Gregorio Valencia, escolapio, sobre la dirección espiritual en los colegios religiosos de Enseñanza Media, y me sentí alarmado al comprobar en su bibliografía un detalle que ya venía preocupándome: que no exista ningún libro dedicado concretamente a este problema. ¿Por qué ocurre esto sobre una cuestión tan vieja en sí misma y ciertamente ya practicada en todos los Centros de enseñanza que se llaman católicos?

I

El hecho de que en determinadas materias muy conocidas destaque de pronto un problema o quehacer existente ya, pero no bien definido antes, es índice de que algo ha logrado una madurez y un desarrollo suficiente como para "tener personalidad propia". A veces esta concreción es mero fruto del afán investigador, no siempre laudable, de crear nuevos núcleos autónomos de atención, en aspectos secundarios, que mejor estarían integrados en los generales más amplios. Pero en casos como el presente, el fenómeno es indicio de algo más hondo y peculiar. Responde a la realidad de que el problema en cuestión ha llegado a un grado de exigencia que impulsa al estudio particular y, por consiguiente, al descubrimiento de no estar suficientemente conocido y tratado.

Es evidente que la dirección espiritual en los colegios católicos, incluso en aquellos no regidos por personal religioso "de hábito", se viene practicando desde siempre, existiendo directores espirituales especialmente encargados de esa función. Pero es igualmente manifiesto que ese trabajo no estaba bastante especializado o no había llegado a considerarse con la suficiente importancia como para ser tratado aparte y merecer una atención concreta y destacada.

Hoy no puede dudarse de la primordialidad de este cometido: la dirección espiritual, entendida en su amplio y rico sentido, constituye un primer quehacer, en el intento de todo colegio católico, consistente en la formación intelectual y cristiana de la personalidad de los alumnos. Estamos todos de acuerdo en admitir que un colegio no debe ser solamente un sistema de instrucción, y mucho menos una escuela técnica de preparación para sacar adelante unos exámenes, sino que su destino consiste en "educar", en "formar" a unos niños, a fin de que esta primera "forma" sirva de molde y dirección para que la evolución directa hacia la madurez tenga el signo y la realidad de un hombre cristiano.

Un colegio católico, si ha de merecer este nombre, tiene que ser, además de una empresa humana, una

forma de ejecutar los fines de la Iglesia: la salvación de las almas y la implantación en el mundo de la espiritualidad del Evangelio.

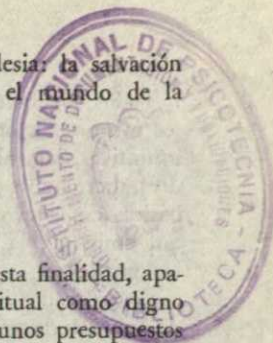
II

Al investigar por qué, dentro de esta finalidad, aparece hoy el papel del director espiritual como digno de particular atención, encontramos unos presupuestos humanos que necesitan ser analizados, porque sobre ellos se desarrolla el fenómeno, explicándolo en gran parte. Es el proceso de la tensión entre el hombre-masa y el hombre-persona.

Que en la vida moderna exista una tendencia a la masificación de los hombres, considerándolos como un número, un mero individuo dentro del conjunto anónimo, no es necesario discutirlo. Es un signo de los tiempos, producto de la industrialización, de las tendencias socializantes y colectivizadoras y de la sobrevaloración de lo común sobre lo personal. Sin duda, en muchos aspectos, esta tendencia es, además de inevitable, buena, por neutralizar el exagerado individualismo de antaño; pero se convierte también en enfermedad cuando predomina con exceso. Lo social deformado, como un cáncer de la vida, destruye lo personal. Esta exageración se esconde en la entraña de muchas formas actuales de la vida común, desde las políticas de los estatismos a ultranza hasta la aparentemente inofensiva Sociedad Anónima bancaria o industrial. Este espíritu se ha infiltrado también en los medios educativos y en los Centros dedicados a la formación intelectual y religiosa. El número de los alumnos en los colegios de enseñanza favorece las actitudes masivas. No hay tiempo para la atención personal a cada alumno y se organizan enseñanzas colectivas y formaciones en serie.

Pero los individuos cogidos en este mecanismo sienten su desamparo, sufren por la socialización, que se convierte en olvido de la persona de cada uno. Simultáneamente con esta corriente, y como contrapartida y defensa de esta *standardización* de la persona humana, aparece también en la vida moderna la ciencia de lo individual, de la consideración de los problemas personalísimos y distintos en cada uno. El psicoanálisis, y en general la psicoterapia, en todas sus formas y consecuencias, viene a decir que cada uno es distinto de los demás, que existen problemas individuales y que estos problemas necesitan una atención personalísima y particular.

Es chocante el contraste mirando simplemente al reloj. Mientras que la razón, para no prestar atención a cada persona, suele ser la falta de tiempo, cuando se trata de remediar los conflictos psíquicos, es necesario hablar de cientos de horas dedicadas por el especialista a escuchar al enfermo. El fundamento de la explicación psicoanalítica de la enfermedad psíquica y, como consecuencia, de la clave de su sistema terapéutico es el reconocimiento de que el conflicto es una cuestión especial de cada enfermo, derivada de la forma como se han reunido los distintos elementos y circunstancias que componen la síntesis de la personalidad.



III

Todos los hombres, ciertamente, están hechos con los mismos factores. Todos poseen las mismas fuerzas instintivas, las mismas relaciones afectivas con sus padres, hermanos y ambiente; las mismas experiencias básicas en la evolución desde la niñez a la madurez. Sin embargo, la composición de estos mismos factores puede ser, y lo es de hecho, completamente distinta en cada individuo, marcando unas veces las diferencias de carácter y dando lugar otras a reacciones que oscilan entre el estado llamado normal y las mil formas de trastornos en que puede caer esa síntesis interior que constituye el centro del equilibrio psíquico.

En cuanto se pasa revista a la delicadeza de los elementos que integran la personalidad y a la cantidad de peligros y de riesgos que han de ser salvados para asegurar un equilibrio estable, se explica la facilidad con que este equilibrio puede ser alterado, percibiéndose la necesidad de una orientación, de una "dirección" que garantice de alguna manera el logro de la meta final. Es cierto que la naturaleza es sumamente sabia y que la salud mental tiene un margen de flexibilidad riquísimo, evitando muchas catástrofes que normalmente debieran parecer inevitables, dados los errores surgidos en la formación de los hombres; pero, después de conceder cuanto se quiera a esa autodefensa natural, quedan suficientes peligros y oportunidades deformadoras para ver la necesidad de una vigilancia y de un sistema pensado y consciente que dirija esa evolución.

Concebida así la dirección espiritual, rebasa el ámbito meramente religioso para convertirse en labor de formación más amplia de la personalidad total. Esto es inevitable, pero de ninguna manera creo que pueda considerarse como un inconveniente, sino como una circunstancia altamente favorable, puesto que garantiza plenamente a la educación religiosa la penetración más honda en la urdimbre delicada del psiquismo y a la formación humana el enriquecimiento de su abertura sobrenatural. Mientras no se alcanzan determinadas profundidades de la intimidad, la formación humana sigue siendo naturalista y la religiosa un mero barniz superficial que desaparecerá a los primeros embates de luchas posteriores.

IV

Lo que ciertamente se sigue de lo anterior es la exigencia de que el director espiritual sea hombre capaz de llevar adelante su cometido. Debe terminar lo poco que aún queda de la idea de que el director espiritual de un colegio es un mero "inspector de los actos piadosos", en el que dirige el rosario o dice unas palabras en la misa del domingo. El director espiritual es el encargado de la atención personal, individual y adaptada de cada alumno, logrando que todo el trabajo educativo se convierta en sustancia propia de cada uno. La exigencia, consciente o inconsciente, que existe en el alma de los niños por esta atención personal es agudísima.

El hecho de sentirse alguien inatendido, solo y convertido en masa es suficiente para despertar todo un sistema de defensa. Porque el hombre, de la misma

manera que tiene una necesidad de sociabilidad y que un excesivo aislamiento lo deforma, haciéndose sentir el vacío y el grito por la convivencia, así es también una "persona", una entidad autónoma y particular, que tiene imprescindible necesidad de hacer valer su distinción, su diferencia, viéndose apreciado y atendido en su individualidad. Cuando alguna de estas dimensiones es inatendida, se produce la rotura del equilibrio interior.

El niño demasiado contemplado da origen a las formas del *enfant gâté*, de niño mimado, en el cual está ausente la vida social, el impacto que el trato exigente de la convivencia debe producir en su alma desde las primeras experiencias vitales. Pero el niño convertido siempre en masa producirá también reacciones de singularidad, formas de rebeldía y respuestas antisociales o perturbadoras, cuya única raíz está escondida en la necesidad de sentirse atendido como persona, como ser individual y distinto de los otros.

Entre estos dos polos se produce siempre una tensión: el hombre ser-social y el hombre ser-persona, exigiendo continuamente el equilibrio. Las formas extremadas surgen siempre como contraposición al predominio excesivo de una de las instancias desbordadas. El sillón del psicoanalista es el refugio del hombre moderno masificado.

V

Sobre este presupuesto es necesario establecer la comprensión del papel de la dirección espiritual en el estado actual del trabajo educador de los colegios. Es indudable que antaño se hacía también dirección espiritual y que los colegios formaban personalmente a los alumnos. Mas precisamente porque la masa no era tan grande ni en ella quedaban tan desfigurados los problemas personales, bastaba la dirección colectiva, siendo suficiente el ambiente para formar lo personal, con la debida atención a ello, sin necesidad de descender al contacto individual repetido.

Ocurría con el espíritu lo mismo que acontecía con los estudios. Aparte de las exigencias más sobrecargadas de trabajo que los planes de estudios actuales traen aparejadas, las clases dadas por un profesor para un número más reducido de alumnos eran suficientes para lograr el nivel necesario de enseñanza. Cuando los hoy maduros éramos jóvenes, el "profesor particular", como complemento del trabajo escolar, era algo absolutamente desconocido. Hoy, en cambio, se ha convertido en necesidad generalizada. ¿Cómo es posible, nos preguntamos, que un muchacho estudiante de Bachillerato, con cinco clases diarias y ocho de permanencia en el colegio, necesite que, al llegar a casa, se dedique un profesor a completar y rellenar personalmente el trabajo realizado en común? Porque son demasiados en la clase, porque los profesores no llegan a la atención personal suficiente, porque el ritmo de la enseñanza colectiva no permite el control de cada individuo y la atención suficiente para contrastar la asimilación por cada uno de las enseñanzas dadas al grupo. Y cuantos argumentos se aducen para demostrar que se trata de exageraciones y de trabajos innecesarios, se estreñan contra la realidad y la constatación de que, sin esas atenciones personales, no es posible llenar la tarea instructiva.

Con el espíritu acontece exactamente lo mismo. Las instrucciones colectivas, los actos generales de vida religiosa y la práctica de actividades piadosas pasivas no son suficientes para llegar a la formación personal de cada uno: no se alcanzan los estratos más íntimos y profundos de la personalidad si no se aplica un trabajo atento y circunstanciado a cada educando.

El director espiritual es, así, ese "profesor particular" de la educación cristiana que completa la labor colectiva. Y de la misma manera que sería el ideal que el mismo profesor que da la enseñanza al grupo pudiese dedicarse luego individualmente a cada alumno, a fin de completar el trabajo iniciado en la clase, así el director espiritual debe ser quien primero dirija el trabajo colectivo de formación cristiana, completándolo con el quehacer personal, en la conversación, en el confesionario, en el contacto íntimo y detallado con cada alumno en particular.

VI

Pero sería funestísimo pensar que la eficacia formativa depende solamente del director espiritual. Este dirige una serie de factores dispersos que actúan en muy distintas y complejas circunstancias sobre el alumno.

Freud llamó al niño "perverso polimorfo", indicando que la niñez es cera blanda, con posibilidad de ser deformada en las formas más variadas. Transportando su visión pesimista en una dirección positiva, el niño es también un "santo polimorfo". Es una capacidad abierta a todo influjo, bueno o malo. No es ciertamente algo pasivo, sino una potencia capaz de actuar en diversas direcciones, según se le marquen los caminos. El director espiritual, en el mejor de los casos, puede ejercer un influjo positivo y orientador, dominando algunos de los múltiples factores que dejan una impronta en el alma del niño; pero no puede abarcarlos todos. Puede llegar a intentar neutralizar alguno de los perturbadores, pero fracasará en todo intento de formación en cuanto no exista colaboración.

El niño, primordialmente, es un manojo de fuerzas naturales ciegas, llámense instinto, tendencias, etcétera; son posibilidades, en fin de cuentas. Luego comienza a formarse el Yo que dirige y encauza esas fuerzas. Ese Yo es un conjunto de sistemas y de ideas racionales y voluntarias, recogidas de los distintos sectores del ambiente. Vida familiar, vida escolar, vida social o de compañerismo son los grandes sectores de donde brotan esos elementos. Si el impacto de la vida familiar es contraproducente, el director espiritual no podrá suplirlo con eficacia. Si el resto del ambiente escolar está lleno de inconvenientes, si las experiencias del niño en los estudios están dolidas por la injusticia, si no es ejemplar la conducta de los otros profesores, si lo predicado por uno no es vitalmente encarnado por los otros, el director espiritual tendrá que pasarse la vida tratando de "explicar" los contrastes, de neutralizar los influjos desfavorables, de cuidar heridas; en una palabra, sin tiempo para construir y fortificar.

Si después de todo esto el contacto social del niño con sus otros compañeros no responde a los mismos

principios educadores, este elemento podrá echar a perder todo el trabajo. Por eso la obra de formación de una personalidad es tan delicada, exige tanta colaboración y viene a convertirse en una obra de arte, en la cual hay ciertamente un director; pero sirve solamente para unificar un conjunto instrumental riquísimo.

VII

Estas sencillas reflexiones marcan los capítulos principales que un estudio de la dirección espiritual en los colegios tiene abiertos a la investigación.

Naturalmente, no puedo detenerme en detalle a estudiar cada uno de estos puntos, que convertirían esto en un libro. Bastan algunas notas rápidas. En el orden religioso, la condición sacerdotal que debe tener siempre el director espiritual garantiza la posesión de los conocimientos y de la preparación suficiente para su labor.

Las condiciones de su personalidad tampoco voy a enumerarlas, porque de ello ya he dicho algo en otros sitios. En el estricto punto actual interesa señalar tan sólo que, tratándose de dirección espiritual de niños y de adolescentes, lo primero que necesita saber el director espiritual, y con él cuantos están trabajando en la formación de la juventud, es lo que es un niño. Un niño es un niño. He dicho una perogrullada, pero no es sólo eso: quiero decir que un niño no es un "homúnculo", un hombre pequeño ni un adulto en miniatura. Un niño es un ser completo en sí mismo, en evolución, en promesa, pero no en forma de comprimido. Cuando San Agustín dice de su infancia que *dejó de existir* cambiada en puericia, expresa bien esta verdad. Muere, desaparece un estado, para ser sustituido por otro, aunque se trate de la misma persona. Por eso el niño no puede ser bien comprendido, mirándole solamente desde la madurez del maestro y tratando de encasillarlo en las categorías superiores. Es preciso comprenderle, es verdad, desde nuestra realidad; pero procurando no deformar este conocimiento ni la realidad suya.

Después, el niño se va transformando en muchacho; luego, en adolescente; más tarde, en joven. Cada uno de esos grados tiene su propia madurez, su aurora y su ocaso, que se convierte en aurora del estadio siguiente. Cada una de estas situaciones nuevas está prendida en la anterior, añadiéndose nuevos elementos que, poco a poco, van predominando, hasta configurarla enteramente. Ese proceso de tránsito y de crecimiento, no infalible ni igual para todos, antes al contrario, con fijaciones en unos, retardos en otros y aceleraciones en los de más allá, impone cuidadosas observaciones y atinados toques del educador, que nunca puede violentar la naturaleza ni olvidar el paso tardo o veloz que lleva en su crecimiento.

La transformación va dando lugar a crisis y problemas, especialmente en el momento de aparición de la adolescencia, la edad que más literatura ha provocado, sin duda, por ser la más llena de misterios y de trascendencia para el porvenir.

El director espiritual trata de favorecer la vida de la gracia; pero la gracia sabido es que no destruye la naturaleza, sino que cuenta con ella, la eleva y se adapta a sus cambios y situaciones. Es evidente que



el conocimiento de la base humana es de imprescindible necesidad. Sobre ella actuará con todos los medios que el colegio pone en sus manos, con actos y enseñanzas colectivas y con la posibilidad de la acción particular dicha.

VIII

Ahora bien: la ciencia de la dirección espiritual, sea para niños o para adultos, es siempre un mero principio, aunque tenga máxima importancia. Lo esencial es la acción, el convertir la ciencia en arte. Para ello es indispensable, ante todo, *la vocación*. No se trata de vocación sacerdotal o religiosa, ni siquiera vocación pedagógica, sino vocación concreta de dirección espiritual de niños. Vocación quiere decir entusiasmo, gusto, interés, plenitud de satisfacción en la tarea, cuyas preocupaciones y trabajos compensan y apartan de buscar otros quehaceres más gustosos. Vocación no es solamente aceptación del trabajo y recta intención de cumplirlo, porque el quehacer del director espiritual de un colegio no puede estar sometido al rigor cronométrico de las horas de clase. Si ha de hacerse bien, es preciso *estar siempre actuando*, sin mirar a las horas empleadas, sin llevar con rigor el tiempo dedicado a cada alumno, con la flexibilidad y dispendio generoso de sí mismo—el dar nuestro tiempo sin medida es muchas veces el mejor medio de darnos a nosotros mismos—, único procedimiento para que el niño tenga la impresión de tener continuamente tendido el puente entre él y su director.

La dirección espiritual es, sobre todo, una actividad apostólica, y el apostolado exige darse sin tasa y "hacerse todo para todos". La razón de la escasez de buenos directores es ésta: la dificultad intrínseca que incluye esta dedicación. Este aspecto de la dirección no puede alcanzarse con los libros, por ser consecuencia de la propia vida espiritual, de la caridad de Cristo urgiendo en el corazón. Solamente bajo la inspiración de esta caridad se abarca y se pone en juego todo cuanto puede favorecer el alma del niño, prolongando el trabajo con los restantes profesores, con los padres, con los amigos, convirtiéndolo todo en armónico conjunto de influjos favorables.

IX

No puede pensar nunca ni el director espiritual ni los demás que intervienen en los colegios que la formación cristiana está separada de la acción pedagógica, ni de la formación del carácter, ni de siquiera de la formación física y deportiva. Todo colabora al mismo fin, todo se implica y se condiciona mutuamente, todo tiene resonancias y deja sentir su efecto en el resultado final.

Es claro que la formación cristiana está en la cumbre del interés formativo de un colegio católico y que las consecuencias de la recta formación son las más trascendentales. Eso da a este cuidado una primacía, pero no lo independiza absolutamente. Quiere ello decir que las restantes actividades y quehaceres deben subordinarse a éste, deben colaborar a su logro más perfecto y armónico. De aquí surge el último grupo de problemas que quiero señalar, dejando en simple interrogante el de la integración del punto y del quehacer del director espiritual en la jerarquía y disciplina del colegio.

¿Cuál es el puesto que el director espiritual debe ocupar en el régimen del colegio? ¿Cuál debe ser su autoridad, sus posibilidades reales, su libertad y autoridad? Y después de contestar a este deber ser, es necesario plantearnos la cuestión de si actualmente ya es así. Se ha ganado mucho en este capítulo. La importancia que los colegios actuales dan a la función del director espiritual o de los directores espirituales, ya que en muchos este trabajo está repartido racionalmente por razón del número de alumnos, es completamente distinta a la que se daba hace años. Pero no es descubrir ningún secreto afirmar que todavía queda mucho por hacer, que existen aún resistencias pasivas, criterios anticuados, que sirven de rémora a la implantación de un régimen totalmente adaptado a las necesidades del momento actual.

Tenemos prisa. Las generaciones pasan y la situación del mundo no admite esperas largas. Es necesario cambiar ya la fórmula de "es preciso pensar en adaptarse" por otra de "estamos adaptados". Una prudencia perezosa, en ciertos aspectos de la vida y de la acción religiosa, es manifiesta imprudencia y pérdida irreparable. No estamos satisfechos de lo conseguido en las generaciones jóvenes. En España, de manera concreta, la juventud nos preocupa extraordinariamente, porque no la vemos con formación suficientemente sólida. No nos basta para consolarnos mirar a los núcleos de selectos, porque queremos ver un resultado fecundo en las multitudes que pasan por nuestras manos.

No podemos esperar a que desaparezcan todos cuantos se resisten al cambio de postura, agarrados a que "en sus tiempos esto se hacía de otra manera", que son "problemas" y "cosas modernas". Los jóvenes y los viejos tienen la misma responsabilidad de estudiar a fondo la cuestión y de tratar de resolverla. Formar el espíritu cristiano de la juventud es, lo repito sin cansarme, el fin primordial de los colegios católicos. Si esto no se hace, o se hace mal, todo debe moverse y conmoverse hasta que se logre hacerlo bien.

P. CÉSAR VACA, O. S. A.

Sentido y utilidad de los psicólogos escolares

El decir que la educación es vida no implica el abandono de las técnicas psicodidácticas, aunque algunos lo crean. Dejar sin más al maestro profesor

cara a cara con sus alumnos y con un saber a comunicar es exigir el genio o la santidad, y esto no entra en las presunciones del hombre común o es exponerle a un aprendizaje por experiencia en el que tienen mucho que perder los primeros alumnos. El docente necesita ayuda, información técnica y tensión didáctica. Y esto puede hacerse extensible al legislador en los ámbitos de la educación, so pena de caer